

## DESDE LA « DANTE ALIGHIERI »

«Nobleza obliga» ha sido un lema admirable de una época ferviente, transida por un generoso impulso de sesgo ascendente y creador. (*Ortega*).

**A**L primer acto de este curso en la «Dante», ya no asistió Carlos Ruiz-Funes. La pianista Marcella Pasquali hizo un concierto conferencia sobre música italiana, donde junto al casi madrileño Scarlatti, se incluía «Mujeres de España», de Turina, y así como la profesora Pasquali, antes de sus interpretaciones al piano hacía una caracterización técnica y literaria de los autores del programa, cuando llegó el turno a Turina dijo: «Preghiamo di considerare la nostra esecuzione come un devoto, affettuoso omaggio a tutta la generosa terra di Spagna, alla nobile gente spagnola, alla grande musica della Spagna, cui tanto deve tutto il mondo civile». La alusión a la gente de España, a su generosidad y nobleza hacía recordar la admirable persona de Carlos, su gentil gesto y su voz; su voz, donde ha quedado radicada la nota mejor de su condición humana.

Tiene nuestro país una conmovedora historia de actos generosos, una ejecutoria limpia de conductas que nos destaca y hace decir por el mundo «gente noble española», desde esos perfiles que tanta fama y dignidad han concedido a nuestra tierra. Y tienen también esos hombres una señal que les distingue y se les reconoce. Noble no quiere decir otra cosa, y mal asunto se plantea cuando se intenta alterar el contorno semántico del fuerte vocablo latino. Lo que también es cierto, es que esta condición distinguida tiene esenciales exigencias que se ahorman en la inalterable etimología del vocablo. Desde su elemental etimón hasta el despliegue significativo que los siglos y la historia le ha ido asignando como exigencia de derecho propio, el «nobile» ha entendido la historia y el comportamiento desde la retina de la sabiduría platónica.

Si también Goethe se inventa un libro, en el que queda reseñado εἰς αἰῶν —para siempre— el mundo misterioso de las afinidades electivas, la concurrencia de palabras y gestos, nos conduce al punto justo donde queda



testimoniada esta concurrencia con su admirable nombre de συμπάθεια —simpatía— donde, a su vez se recogen los afectos junto con el padecimiento de los demás.

Con Carlos Ruiz-Funes, las cosas y los acontecimientos quedaban signados para el buen diálogo, y en el grato calor de las palabras, surgía el comportamiento que distingue a la gente que hace la mejor historia.

Nada queda más lejos de la simpatía y de la nobleza que la frialdad de la triste gramática parda. Y este hombre que ahora recordamos, ha señalado con su personalidad llena de simpatía una conducta que le hace inolvidable. Recibía y conversaba con la cordialidad amable del hombre sin sospecha, y desde sus ojos, su voz y sus manos, nacía la condición de su espíritu. Distinción y simpatía es una condición segura para el humanismo. Acaso las notas más importantes. Sin ellas, las cosas pueden parecer, pero pronto todo queda allí, donde un acto, una conducta, descubre la trampa.

El amor de Carlos por las cosas y la cultura tenía cobijo en un limpio y continuado menester. La imagen humanista comporta la asiduidad tras el secreto que aguarda la mano atenta. Los que así proyectaron y dieron cumplimiento a su vida son, sin duda, los que mejor señal han dejado, y desde la emoción del recuerdo, entre dulces notas de Scarlatti se muestra este impulso natural y elegante, que hace de los hombres que pasaron junto a nosotros la mejor aristocracia.

